

DISCURSO DEL  
PROF. JORGE BOUTON  
EN REPRESENTACIÓN DEL  
SINDICATO MÉDICO DEL URUGUAY  
EN EL ACTO DE HOMENAJE DE LA FACULTAD DE MEDICINA A  
LA  
MEMORIA DEL DR. SALVADOR ALLENDE GOSSENS

Octubre 4, de 1973

SINDICATO MÉDICO DEL URUGUAY  
Comité Ejecutivo

REPARTIDO No. 28  
9 Octubre 1973  
Ejercicio XLIV

Señor Decano de la Facultad,  
Señores Consejeros  
COMPAÑEROS:

Y rara vez esta palabra tuvo mayor significado de colectividad activa que ahora, que rendimos homenaje al hombre muerto proclamando

SALVADOR ALLENDE... ¡PRESENTE!

¿Cuál es el delito o el pecado de este hombre que mereció su sanción con la muerte violenta?

Salvador Allende fue un hombre que cometió tres delitos fundamentales, tres pecados capitales que la sociedad ordenada en estratos, la sociedad antagónica no perdona.

Su primer pecado fue querer un Chile para los chilenos y no un Chile extranjero.

"Hemos triunfado –así dijo para derrotar al imperialismo, para terminar con la explotación de los monopolios, para una profunda reforma agraria, para controlar el comercio importador y exportador, para nacionalizar el crédito y la riqueza, pilares todos del progreso de Chile y capital social de su desarrollo... Vamos a realizar los cambios que Chile reclama: vamos a hacer un gobierno revolucionario, no para destruir sino para edificar una patria... Respetaré los derechos de todos los chilenos... pero cumpliremos el compromiso histórico que hemos contraído, de convertir en realidad el programa de la U.P".

Quiso un Chile de los chilenos, no un Chile de la Kennecott Corp. ni de la Anaconda ni de la I.T.T. Él sabía que en este camino iba a encontrarse con el imperialismo y que este enfrentamiento era su destino ineludible. Él sabía que el imperialismo existe porque existe el subdesarrollo y que el subdesarrollo es el hijo ineluctable del imperialismo y que esta doble dialéctica que desangra, hambrea, empobrece y difunde miseria y muerte en América Latina, esta copla dialéctica tenía que ser quebrada si se quiere patria propia y patria mejor. Él sabía que por cualquier camino de la miseria y el dolor humano, por la mortalidad infantil, por el analfabetismo, por la vivienda mísera, por el salario de hambre, por la salud social, por cualquier camino que se tome para completar la historia de los padres y de los próceres, tarde o temprano habrá que enfrentar la causa primera se llama imperialismo, se llama monopolio, se llama colonia, se llama explotación. Que para recuperar el cobre. recuperar el cobre, recuperar salitre, recuperar el mar costero, habrá que enfrentar a sus dueños extranjeros. Y porque sabía todo eso actuó -siempre lo dijo- como hombre de acción y pensamiento mancomunados y no como pensador de gabinete. Y esta acción fue su pecado y su delito: la sociedad antagónica, la sociedad estamental, la sociedad caduca, no podía permitir alterar su digestión del bien chileno, fuera del tiempo y la historia y debía corregir por la violencia a la que quería recuperar el tiempo y volver a colocar su patria en la historia.

REPARTIDO No. 28

9.10.73 – Ej. XLVI

Pág. 2

Su segundo pecado fue pretender elevar el pueblo al rango de protagonista social de su propio destino.

“Para los que están en la pampa –así dijo- o en la estepa, para los que me escuchan en el litoral, para los que laboran en la precordillera, para la simple dueña de casa, para el joven estudiante, el pequeño comerciante o el industrial, para el hombre y la mujer de Chile, para el joven de la tierra nuestra, para todos ellos, el compromiso que yo contraigo ante mi conciencia y ante el pueblo es ser auténticamente leal en la gran tarea común y colectiva. Lo he dicho: mi único anhelo es ser para ustedes el compañero presidente”.

Pero este sugerir a la conciencia histórica del hombre anónimo era un pecado mayor para la sociedad del anonimato, en la que el hombre es sólo fuerza de trabajo o mano de obra generador de plusvalía y no debe tener otra presencia histórica que la que cumple en el acto del voto –cuando lo dejan votar- para volver luego al anonimato, a la mano de obra y a la plusvalía. Este querer salir de la Edad Media sintiendo ya presentes los tiempos del Renacimiento no puede solicitar el reconocimiento ni la clemencia del mundo del hombre anónimo que marcha hacia atrás con la mirada puesta en el sepulcro de los dioses muertos, fuera del tiempo también y de la historia. El hombre que mira adelante, “hacia el lado de Compostela”, sin volver la cabeza, del lado de la cuna de un Dios nuevo que nace todos los días, ese hombre es un delincuente y debe pagar su delito. Fue su segundo pecado.

Su tercer pecado fue querer cumplir ese destino histórico dentro de los marcos del respeto de la ley y a la carta, dentro de las formas democráticas, de las libertades públicas y privadas, eje y centro de su pensamiento.

“Vengo de Chile –así dije-, un país pequeño pero donde cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida”.

Quiso un Chile plural como su propia ideología plural. Una ideología que hundía sus raíces en la tradición liberal de la Universidad latinoamericana alimentada toda ella de la Reforma, que desarrolló su poderoso tronco en las filosofías materialistas clásicas y expandió su frondosa vegetación en la praxis de la lucha antiimperialista del continente. Él quería un Chile plural, un Chile

- de formas democrático-liberales
- pero de contenidos socialistas,

donde cabe toda ideología, toda concepción de hombre, la historia y el mundo, todo credo, toda religión que se conjugan todos en un solo verbo colectivo: construir una patria más grande y para todos. Es la filosofía misma del humanismo transportada al siglo XX y a un mundo antagónico que nunca respetó los humanismos.

Repartido No. 28  
9.10.73 – Ej. XLIV  
Pág. 3

No se le perdonó esa filosofía política y a esta preclara noción de la libertad y el derecho se le llamó el caos, la corrupción moral y hasta la traición. Y en nombre de la lucha contra el caos y la inmoralidad surgió un orden de la metralleta, la moralidad del pelotón, la democracia de los cementerios. Allende representaba el caos, pero su gobierno legalmente electo, constitucional, respetó un parlamento hostil, respetó una prensa cotidianamente enemiga, respetó la actividad y difusión de los partidos políticos, respetó los derechos gremiales y tuvo que enfrentar diariamente, jurídicamente, la conspiración, la especulación, el sabotaje, la tremenda presión coligada de los monopolios supranacionales, el bloqueo económico y toda la galería de trapacerías que es capaz de desarrollar el imperialismo que no conoce leyes ni constituciones.

Las fuerzas que lo derrotaron dicen representar el orden, la moral y la democracia, pero el parlamento está disuelto, los partidos abolidos, la prensa suprimida, la opinión acallada, el pensar es delito y el emitir el pensamiento pena de muerte y el toque de queda reina desde el crepúsculo sellando el orden de las calles desiertas. Esto se llama el orden, la moral, el patriotismo. Hablo de Chile, naturalmente.

Pero la subversión de las palabras, la mentira repetida convertida en verdad, la violencia social disfrazada de legalismo, la pistola como argumento y la cárcel como solución son las viejas y gastadas caretas del fascismo, forma política de la represión para un continente que ya no puede ser sometido por sistemas liberales, forma política del imperialismo para una Latinoamérica que ya ha tomado el camino de su liberación.

Su vida fue embate, fue militancia, fue pasión social. Desde su juventud universitaria, quizá dinamizada por la sangre del abuelo radical quizá inspirada por los **Kropotkine** que le acercaba su amigo el zapatero, quizá educada en las lecturas nocturnas colectivas de "El Capital" y los textos leninistas, hasta su rica madurez de médico y estadista y hasta su destino de conductos político e masas, su vida fue pasión militante. Incorporó las enseñanzas de Federico Engels y las hizo praxis de su propio currículum político:

"Y que cada uno de nosotros sienta que su vida está ligada a la historia y que esta historia cuenta siempre con derrotas y victorias, pero las fuerzas motoras de la historia no son los motivos que impulsan a los individuos sino los que ponen en movimiento las grandes masas, los pueblos enteros, no sólo para el alzamiento que es el **fuero de paja** que se extingue rápidamente, sino para la acción duradera que siempre culmina en una gran transferencia histórica".

Amó a Chile, su patria, por sobre todas las cosas: no un Chile de receta o de discurso, sino un Chile íntimo que el mismo de Pablo Neruda, su gran hermano chileno que le acompañó en la vida y en la muerte.

"Tu frente misteriosa de cobre y arenales, tus montañas mojadas y tu costa de plata salvaje, tu final oceánico, donde tus pies desnudos se sumergen en las últimas soledades del mar del mundo y hasta las pequeñas esquinas de adobe celeste con un letrero que dice "Almacén El Ramito" o la grandiosa maquinaria de Chuquicamata o los crisantemos

Repartido No. 28  
9.10.73 – Ej. XLIV  
Pág. 4

de este otoño y un remolcador entrando en Valparaíso, son lo que yo más quiero, lo que más defiendo, lo que noche y día me dice que cante. Pero quiero verlo poblado por gente feliz, no unos sino todos, por gentes sin harapos, por chilenos que lleven con orgullo este nombre orgulloso”.

Pero la dimensión de su pensamiento, genuinamente chileno, fue transformándose necesariamente, dialécticamente, en el propio desarrollo de su programa político, en una amplia perspectiva de pensamiento americanista.

“Y por eso -así dije- se mire con inquietud la realidad de mi Patria, no dejo de mirar con profunda y honda inquietud más allá de sus fronteras, porque siendo esencialmente chileno me siento y con razón ciudadano de América Latina, ya que nuestros pueblos emergen en una común historia y fueron hombres de nuestros pueblos los que la común bandera de nuestra independencia política; y soldados nacidos en distintas tierras tuvieron la concepción patriótica de luchar por la Patria Grande, la liberación de América Latina”.

Y su requisitoria ante las Naciones Unidas del 4 de diciembre de 1972 es, a la vez que el testamento político de un gran americanista, un documento para la historia del continente en sus múltiples batallas contra el imperialismo que traba su porvenir. Y con esa dimensión continental, que es una dimensión de universalidad, Salvador Allende alcanza la estatura del mito, del mito sin comienzo ni fin, del mito sombrado en la carne y en la sangre del mundo y en cuya carne y en cuya sangre vuelve siempre.

“No en la primera sino en la última página de la crónica es donde está escrito el nombre verdadero del héroe -decía León Felipe-; y no al comenzar sino al terminar la jornada es cuando acaso pueda decir el hombre cómo se llama”. Salvador Allende, universitario, médico, estadista, maestro, conductor, no es lo que ha sido sino lo que será, mensajero de historia y de mañana, portador de la antorcha que siempre está renaciendo en la derrota y de la muerte, ya incorporado a la leyenda junto a Augusto Cesar Sandino, junto a Ernesto Guevara, junto a los próceres de la primera independencia, junto al pueblo y a la sangre del mundo, ya tiene su nombre verdadero: Compañero Presidente.

El Sindicato Médico del Uruguay y la Asociación de Docentes de la Facultad -por mi intermedio- declinan un instante sus banderas ante el héroe caído, para volver al camino a proseguir la jornada a la conquista del nombre propio de cada uno. ¡Hasta siempre, compañero!